

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8671

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7-50 id.—Extranjero, tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Martes 23 Septiembre 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.



Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras.

Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LA VACUNA.

Créese generalmente que la viruela hizo su primera aparición en Arabia, el año 572, época del nacimiento de Mahoma: esta fecha resulta de un manuscrito árabe de que habla Mead.

En 640 se extendió en Egipto, cuando este país fue conquistado por el califa Omar, esparciéndose luego por todas las regiones donde llevaron sus armas los sarracenos.

De esta manera penetró el contagio varioloso en España, según algunos escritores, el año 714; luego en Sicilia, Nápoles y Francia, de donde fue transmitido al resto de Europa, pasando después á América: en 1518 padecía ya este azote la Isla de Santo Domingo.

Otros creen que los sarracenos la propagaron por España y por toda Europa hacia fines del siglo X y durante el XI y XII, y que contribuyeron las cruzadas á extender sus estragos.

El Norte de Rusia estuvo por algún tiempo libre de viruelas, pero en 1733 se padeció ya en las heladas regiones de la Groenlandia.

Aunque haya alguna diversidad de opiniones relativamente á la época en que empezaron las viruelas á ejercer su funesta influencia en la especie humana, se conviene generalmente en quién fue el primer autor que escribió sobre esta enfermedad.

Refiere Rhasis, médico árabe que Aarón de Alejandría, escritor célebre del tiempo de Mahoma, dió algunas noticias acerca de esta enfermedad.

Después de Aarón, los autores árabes que escribieron de viruelas son por orden de fechas: Bachtishua, Juan, hijo de Mesué, y Rhasis, apellidado el Sabio, á quien se debe una preciosa descripción de esta enfermedad y sobre todo excelentes consejos para su tratamiento, que aun se siguen en el día.

Floreció este insigne médico en Bagdad á principios del siglo X. Pocok fija la época de su muerte en 930.

Según algunos historiadores, desde 565 hasta 568 devastó la Francia una epidemia de viruelas; pero es muy dudosa la verdadera naturaleza de esta enfermedad.

El doctor Whitelaw Ainslie asegura que las viruelas habían hecho estragos en la China mucho tiempo antes que se conocieran en Europa, y según algunos autores, son originarias de la India, cuyos habitantes consideraban esta enfermedad como una deidad, dedicándole altares.

Dícese que la inoculación de las viruelas se practicaba desde tiempo inmemorial en la China, en la India por los Bráhmanes, en Arabia, en Georgia y en Circasia. Supónese que los armenios dedicados al comercio de las georgianas y circasianas para proveer el harem de los soberanos del Asia, fueron los que por el espíritu de cálculo y de interés, descubrieron la inoculación variólica. Practi-

caron esta operación por primera vez en 1673, Timoni y Pylarino, en una epidemia que asolaba á Constantinopla.

La inoculación fue importada á Inglaterra por lady Montague, desde donde se propagó rápidamente esta práctica atrevida. Sprengel dice que en ninguna parte se practicó tan frecuentemente como en Grecia, donde se inventó, sin que fuese importada de la Georgia, y que á principios del siglo XV se usaba en Constantinopla y añade que las primeras noticias que de ella se tienen, datan casi de esta época, debiéndolas á Emmanuel Timoni, médico de dicha ciudad, Santiago Pylarino, cónsul veneciano en Smirna, y Samuel Skraggen Stierna, médico del Rey de Suecia.

La inoculación variolosa se extendió rápidamente desde las islas Británicas á toda la Alemania, y, por último, á Francia. Moviéronse discusiones acaloradas entre los médicos de más nombradía, que se dividieron en dos bandos. Entre los más ardientes defensores de la inoculación deben contarse La Condamine, Tissot, Halle, Tronchin, Benjamin, Franklin en América, y, por último, la Facultad de Medicina de París, la cual, consultada por el Parlamento en 1764, se decidió en favor de la nueva operación. Uno de los antagonistas más decididos de esta fue De Haen, quien logró impedir por mucho tiempo que este método fuese acogido favorablemente en Viena y en Berlín.

La inoculación de las viruelas se practicaba en las circunstancias que se creían más favorables, como en la buena estación, cuando no había epidemia variolosa, cuando se presentaban pocos casos, y estos benignos, y se escogía el pus procedente de epítemos atacados de viruelas benignas y discretas ó de varioloides.

Los resultados, empero, de esta operación no fueron tan beneficiosos como se esperaba, pues muchos inoculados morían, otros padecían las viruelas naturales apesar de la inoculación, quedando otros ciegos ó mutilados. No hay duda de que con la inoculación se multiplicaban sin necesidad los focos de viruelas, y que el número de variolosos era artificialmente aumentado; y aunque con apariencia, dice un célebre higienista, la proporción de defunciones se disminuía, en realidad, el número de muertos se aumentaba.

Na la extraño fue, pues, que se recibiese con tanto entusiasmo el feliz descubrimiento del inglés Eduard Jenner, por que con él libraba á la especie humana de una de sus más funestas calamidades. Todas las sociedades médicas de Inglaterra y todas las Academias de Europa inscribieron desde luego en sus registros al afortunado mortal que con su gran sagacidad y finura de observación había descubierto el medio de arrancar á la muerte millares de víctimas, de asegurar á la especie humana su nativa belleza, y de alargar el promedio de la vida del hombre. En 1801, los facultativos de la marina real inglesa hicieron acuñar en honor de Jenner, una magnífica medalla. En 1802, Catalina II, emperatriz de Rusia, le envió, junto con una carta muy lisonjera, un diamante de gran valor. El Parlamento inglés, después de haberle dado públicamente dos votos de gracias, acordó, en 2 de Junio de 1802 regalar una suma de 10.000 libras esterlinas, y suplicar al Rey que añadiese 500 más á dicha suma. Este distinguido varón falleció el 26 de Enero de 1823, habiendo vivido siempre con la misma modesta laboriosidad.

No faltaron, ni faltan aún, impugnadores del famoso descubrimiento del médico inglés; pero inútiles han sido, y lo serán sus esfuer-

zos para desarraigir una práctica que la experiencia ha sancionado ya, y porque está ya universalmente recibido como un aforismo médico el de que *La vacuna previene las viruelas.*

El Gobierno español no fue de los últimos en apreciar el nuevo procedimiento, declarándose desde luego su protector. Así lo atestigua la Real cédula de 25 de Abril de 1805, expedida para la propagación de la vacuna, y en cuya regla 5.ª se prevenía á los facultativos que llevasen un diario en que debían anotar todas las particularidades que observasen en los vacunados que corriesen bajo su dirección, debiendo al mismo tiempo dar cuenta cada dos meses de sus observaciones al Excmo. Sr. Capitán general de la provincia y á la Real Junta superior de medicina. Esta publicó en el mismo año una instrucción para la vacunación. A este mismo fin publicóse la Real orden de 14 de Agosto de 1815, la instrucción y reglamento de la vacuna en Septiembre de 1827, la Real orden de 2 de Agosto de 1832, y otras varias que sería largo enumerar, pero que todas prueban la preferencia con que el Gobierno español ha mirado siempre un asunto de interés tan vital.

CORREO DE SEÑORAS

Los trajes—según dicen los últimos periódicos de modas llegados de París—se llevarán muy largos este invierno; los abrigos serán de hechuras tan distintas unos de otros que no se parecerán en nada; la forma de las mangas es cada vez más variada y complicada, pero la dificultad es hacerlas graciosas, y eso depende del corte. En general todas las mangas se hacen con hombreras que salen de la misma manga, pero si se pone postiza resulta bien, por ahora, pues ya se habla de algunas elegantes que se presentaron en las carreras de Deauville sin hombreras y con la manga lisa y con puño hasta cerca del codo.

El empleo de las cintas para adornar los trajes se acentúa cada día más.

El traje «monaguillo» es una larga túnica plegada ó fruncida, sujeta á la cintura por un cordón ó un cinturón de tela gruesa. El terciopelo ó raso ricamente bordado es la tela que conviene.

No se adornarán ni el cuello ni los puños, que deben conservar su carácter de «levita».

El cuerpo sencillo marcando bien el talle y desabotonado desde el pecho hasta el cuello, para dejar ver una camiseta en forma de buche.

De Inglaterra llega para el traje de desposada el uso de la cola extremadamente larga, que debe llevar un pajecito ó dos, escogiéndose para este acto niños de la familia ó de amigos.

Mile. Clara Canrobert, hija del mariscal del mismo apellido, ha sido la primera que ha aceptado esa moda el día de su boda—y ha gustado mucho.—La víspera de la boda llevaba un vestido de «crepé» crema, adornado en el delantero y con mangas de encaje blanco y violeta en la cintura, sombrero negro adornado con las mismas flores, porque esta señorita lleva tutú por su madre.

Para los niños y niñas la moda es la blusa rusa, y esto destrona un poco el traje marinerío.

Un traje de entretiempo del mejor gusto es de paño blanco.

La drapería muy lisa se abre á un lado sobre una quilla de terciopelo leonado, bordado de oro; cuerpo cruzado, cintos

ron, cuello derecho y puños del mismo terciopelo.

Daremos la descripción de un traje que han enviado de París á la emperatriz de Rusia con motivo del Congreso ruso: larga cola de *veloutine* de seda gris con quillas estrechas bordadas en oro, rodeando un delantal ligeramente drapado en gasa azul muy pálida bordada *edelweiss*. Cuerpo igual con camiseta de gasa. Cuello derecho con tres hilos de perlas. Capolita de terciopelo azul rodeada de estrecho cordón de oro, y adornada de *edelweiss* de terciopelo blanco.

El empleo del crepe de la China para los trajes de desposada es de mucho gusto y sirve para adornar la falda de *faulle* lisa, bajo la forma variada de delantal, quillas, mangas, etc., etc. Las flores de azahar se colocan en guirnalda en el bajo de la falda.

Fumadoras

La emperatriz de Austria, que está á punto de visitarnos, tiene fama de ser una ilustre fumadora, según la *Woman*.

El mismo periódico afirma que no es la única soberana aficionada al cigarrillo.

La *Woman* dice que la emperatriz Isabel consume al cabo del día de 30 á 40 pitillos, es decir, cerca de dos cajetillas, *amen* de un cigarro puro después de comer, en lo cual ya es probable que entre algo, si no es mucho de exageración. Muchas damas de su corte siguen su ejemplo, recordando el refrán de que la imitación es la forma más agradable de adular.

Las damas es en que la emperatriz usa el uso de la boquilla y tiene los dedos engreídos por el uso del cigarrillo. Esto pueden comprobar si es verdad ó mentira los oficiales de Marina que la ofrecen sus respetos cuando llegue su *gaceta* á nuestras costas.

La czarina y la reina Margarita de Italia son también muy aficionadas al tabaco, pero practican su vicio en secreto ó en la intimidad de las damas de su servidumbre personal.

La reina de Rumania, la célebre escritora Carmen Sylva, no se anda con esos rodeos y de la cadena de su *châtelainé* puede cualquiera ver pendiente una preciosa joya que parece una boquilla para pitillos, y que lo es en efecto.

La reina Amelia de Portugal, apesar de su gran juventud, busca igualmente en el humo del tabaco consuelo á los disgustos que suele darle el poco cariño que los súbditos tienen á su marido.

Su marca favorita son los *Tinoco*, pitillos suaves que lleva en la cubierta el rótulo del célebre rejuvenador de toros.

El fumar es hoy día moda muy extendida entre las señoras de la aristocracia de casi todos los países cultos. Las solteras no practican el vicio.

Este es privilegio casi exclusivo de las casadas.

Pero será de ver la cara de un marido que se encuentra de improviso frente á frente con la petaca de su mujer.

Debe ser de esas impresiones que no consolidan la felicidad del hogar doméstico.

Concurso de bellezas

En esta noche se celebrará en Viena otro concurso de bellezas.

El traje para el certamen será el llamado de *soirée*, y las aspirantes deben mandar una fotografía al director del comité.

El viaje de ida y vuelta les será pagado, y recibirán un regalo, como recuerdo, todas las que asistan.